

division de Bassecourt que inquietaba al enemigo por la parte de Cuenca, y para que de Alicante pasase á la Isla la division de Vigodet, que constaba de cerca de 5,000 hombres.

No fueron estos solos ni de esta sola especie los cuidados del Consejo de Regencia durante su permanencia en la Isla de Leon desde últimos de enero hasta el 29 de mayo (1810), en que se trasladó á Cádiz, donde fué recibido con las solemnidades y ceremonias que se hacen á la persona del rey, y donde se le incorporó el obispo de Orense, instalándose el gobierno en el edificio de la Aduana. Sus cuidados se extendian, no solo á organizar y distribuir las fuerzas militares de toda España, á nombrar sus jefes, á ordenar movimientos y prescribir planes, á hacer la distribucion de fondos y disponer remesas de caudales, armamentos y subsistencias á los diferentes puntos segun lo permitian las circunstancias, á establecer fábricas de armas, hacer requisas de caballos y cargar monturas, á recoger dispersos, promover alistamientos, y establecer escuelas y ejercicios prácticos militares, á todo, en fin, lo que se refiere á los ejércitos de tierra, sino que aplicaba la misma solicitud al fomento de la marina, á la construccion y reparacion de buques, al aumento de las fuerzas sutiles, al transporte de víveres, municiones y fondos, al tráfico y comunicacion con todos los puntos libres de las costas del Océano y del Mediterráneo. Desde aquel rincón seguía y mantenía relaciones en todos los dominios españoles de Ultramar, donde los franceses, con proclamas y por cuantos medios podian, excitaban á la insurreccion contra la metrópoli; la Regencia dictaba medidas para su seguridad y conservacion; nombraba vireyes, capitanes generales y comisionados régios, entendiéndose con aquellas autoridades, enviaba allí pertrechos de guerra, y cuidaba de asegurar y recibir las flotas y remesas de dinero de Indias. Entre otras providencias fué notable la de permitir á los comerciantes de la Habana proveerse de harinas de los Estados-Unidos, con tal que fuesen ellos á buscarlas con sus buques, y no las recibiesen de los barcos americanos.

Además de atender, como supremo poder, á la direccion y despacho de todos los negocios de gobierno pertenecientes á los diversos departamentos de Estado, Hacienda, Gracia y Justicia, Marina y Guerra, consagróse con tan especial afán á la defensa de la Isla, de cuya pérdida ó conservacion pendia entonces la pérdida ó conservacion de toda España, que entre otros testimonios de su exquisito celo merece citarse el convenio confidencial que entre sí hicieron los tres regentes, de visitar por sí mismos al menos cada tres dias, individualmente, y sin ruido, solemnidad y aparato, las obras de defensa, los fuertes y puestos avanzados, con el fin de examinar su estado y sus necesidades, el cumplimiento de los encargados de cada uno de ellos, y el espíritu de las tropas, para darse despues cuenta recíproca de sus observaciones y acordar reunidos; cuya operacion é inspeccion estuvieron ejecutando por cerca de tres meses, sin reparar en molestias ni en riesgos, á veces andando en lo crudo del invierno por entre pantanos y cenagales. Por lo demás, si bien los ataques y los combates entre los sitiadores y los defensores de la Isla Gaditana, dentro de la cual se encerraban el gobierno y el porvenir de la monarquía, fueron frecuentes y casi diarios en este período, no produjeron variacion notable y decisiva en su respectiva situacion, reduciéndose á hostilizarse, ya por mar ya por tierra, desde los fuertes fronterizos, cañoneando, destruyendo ó incendiando mutuamente parapetos, molinos, casas ú otros edificios en que se albergaban, dirigiendo principalmente los españoles sus ataques al fuerte del Trocadero que ocupaban los franceses, y estos los suyos al castillo de Matagorda, que defendian los ingleses nuestros aliados, y de que fueron arrojados al fin, con sentimiento y aun con censura de los españoles, no obstante haberse visto despues que por su corto recinto no admitia larga defensa (1).

Entre tanto el rey José pasaba y visitaba con aire triunfador las ciudades y pueblos de Andalucía, pasando sucesiva-

(1) Diario de las operaciones del Consejo de Regencia.—Elogio de don Antonio Escaño.—Sumamente sucinto encontramos al conde de Toren en la relacion de los hechos de este interesante período.

mente de Sevilla á Jerez, Puerto de Santa María, Granada, Jaen, Andújar, y volviendo por último á Sevilla (12 de abril). Los festejos con que le agasajaron en algunas poblaciones (2), el modo con que en otras fué recibido y á que no estaba acostumbrado (conducta que censuraron los españoles de otras provincias, pero en que influiria sin duda, no falta de patriotismo, sino acaso el error de creer ya definitivamente perdida la causa de España, unido al carácter jovial y no bien comprendido de aquellos habitantes), hicieron creer al intruso, y así se le persuadían sus cortesanos y aduladores, que con su gracia personal y sus bondades se habia granjeado las simpatías del país, sin tener en cuenta que esto sucedia en una comarca ocupada por 80,000 soldados, los mas terribles del imperio francés. En Sevilla dió varios decretos que se publicaron en la Gaceta de Madrid del 4 de mayo, entre los cuales merecen singular mencion, el que ordenaba la formacion de una milicia cívica española, el que mandaba se hiciese la estadística general de la poblacion de España, el que arreglaba el gobierno interior de los pueblos, distribuyendo el reino en prefecturas, subprefecturas y municipalidades ó comunes, copiando la administracion departamental de Francia.

Pero pronto se convirtieron en amargura y tristeza los goce y delicias de José en Andalucía; y esta mudanza no la causaron ahora los españoles; produjola el mismo emperador su hermano, que frecuentemente quejoso y siempre poco deferente con él, queriendo desde Paris ser el verdadero rey de España, no dejando á José sino el título, so pretexto ahora de desaprobacion sus liberalidades con ciertos cortesanos y favoritos, y de parecerle mal los planes y operaciones que José habia ordenado á los generales de Cataluña y de Castilla, expidió desde Paris varios decretos disponiendo de los ejércitos, y de las rentas, y del territorio de la nacion española, ni mas ni menos que si fuese él su soberano. Convirtió en cuatro gobiernos militares los cuatro distritos de Cataluña, Aragón, Navarra y Vizcaya, situados á la izquierda del Ebro; encomendó á sus generales en jefe la autoridad militar, civil y administrativa, encargándoles no obedeciesen mas órdenes é instrucciones que las suyas, ni tuviesen con el gobierno de Madrid mas relaciones que las de una aparente deferencia, y reservadamente les comunicó su pensamiento de incorporar á la Francia aquellos territorios como indemnizacion de los sacrificios que hacia por asegurar la corona de España en las sienas de su hermano, á quien consideraba, decia, solo como un general de sus ejércitos del otro lado del Pirineo. «Extraña irrisión, exclama á este propósito un historiador francés, la de pretender que la izquierda del Ebro viniera á ser compensacion de los gastos de Francia en España!»—«Era, dice despues, una verdadera locura de ambicion; era agregar á las numerosas causas que excitaban el odio de los españoles contra nosotros otra causa mas poderosa que todas: la de ver aquella península, tan cara á su corazón, invadida, fraccionada por un ambicioso vecino, que despues de haberlos privado de su dinastía los privaba tambien de parte de su territorio; era, en fin, reducir á la desesperacion y lanzar para siempre á las filas de la insurreccion á todos aquellos que, animados de la esperanza de mejorar de sistema, y sintiendo vivamente la necesidad de una regeneracion política, se habian adherido momentáneamente á la nueva dinastía.»

Y no fué esto solo lo que hizo Napoleon en ofensa y desprestigio de su hermano, en la ocasion en que este habia hecho mas progresos en España. Además de los cuatro gobiernos militares mencionados, dividió en tres los ejércitos de operaciones, uno de Portugal, al mando de Massena, otro del Mediodía, al de Soult, y otro del Centro, al de su hermano José, pero compuesto solo de la division Dessoles y de los depósitos establecidos en derredor de Madrid; de modo que con esto y con ordenar á los gobernadores de las provincias del Ebro y á los jefes de los ejércitos de operaciones que no obedeciesen otras instrucciones que las del gobierno de Paris, así en lo militar como en lo económico, haciéndolos adminis-

(2) Cuenta Du Casse en las Memorias y Correspondencias del rey José como cosa notable que en el Puerto de Santa María asistió por primera vez á una corrida de toros.

CAPITULO X

ASTORGA.—LÉRIDA.—MEQUINENZA

Proyecto para la fuga de Fernando VII

(De enero á julio)

1810

Órdenes y proyectos de Napoleon relativamente á España.—Llamamiento de la Regencia á los españoles.—Aumento y multiplicacion de guerrillas.—Navarra: Mina el Mozo.—Asturias: Porlier.—Apodérase Bonnet de Asturias.—Flojedad de la junta de Galicia.—Castilla la Vieja: Kellermann, Junot.—Sitio de Astorga.—Porfiada defensa: capitulacion honrosa.—Aragón: Suchet.—Frustrada tentativa sobre Valencia.—Justa alegría de los valencianos.—Retirada de Soult á Aragón.—Mina el Mozo es hecho prisionero y llevado á Francia.—Cataluña: O'Donnell.—Crueldad de los franceses con los somatenes.—Represalias terribles.—Desgraciada accion de O'Donnell en Vich.—Replégase á Tarragona.—Bloqueo y sitio de Hostalrich.—Firmeza del gobernador español.—Sale del castillo y cae prisionero.—El mariscal Augereau es reemplazado por Macdonald.—De órden de Napoleon sitia Suchet la plaza de Lérida.—Intenta socorrerla O'Donnell.—Es derrotado.—Incidentes notables de este célebre sitio.—Ataque de los fuertes.—Es entrada la ciudad.—Pueblo y guarnicion se refugian al castillo.—Bombardeo horrible.—Flaquea el gobernador y se entrega.—Sitio y rendicion de Mequinenza.—Murcia: entrada y saqueo del general Sebastiani.—Granada y las Alpujarras: guerrillas.—Extremadura: la Romana.—Frontera de Portugal.—Comienza el sitio de Ciudad-Rodrigo.—Vida y conducta de los príncipes españoles en Valencey.—Planes para proporcionar la fuga á Fernando.—El del baron de Kolly.—Es descubierto y preso en Paris.—Artificio de la policia francesa.—Envia un falso emisario á Valencey.—Es denunciado al gobernador, y Fernando se opone á la fuga.—Felicitaciones y cartas de Fernando á Napoleon.—Solicita de nuevo el enlace con una princesa imperial.—Publicanse aquellos documentos en el Monitor.—Impresion que hacen en España.—Consulta del Consejo de Castilla sobre esta materia.—Notable cambio en las ideas de esta corporacion.—Decreto de convocatoria á córtes.

Aunque el interés de la lucha desde los principios de este año estuvo como concentrado en el Mediodía de España, ó mas bien en un punto aislado de su extremidad meridional, no por eso dejaban de menearse las armas en otras regiones de la Península, incansables unos y otros combatientes, los unos alentados con los refuerzos que continuamente de Francia recibian, y con los triunfos de Ocaña, de Gerona y de Sierra-Morena, los otros porque no abatidos nunca por los reveses, ni nunca sus pechos desalentados por los infortunios, léjos de decrecer su número, ni entibiarse su ardor, ni decaer su perseverancia, afirmábase la constancia y el valor de los que ya eran soldados, y parecia que el suelo español brotaba por todas partes nuevos guerreros dispuestos á arrostrar todo linaje de peligros y de privaciones, y á sacrificarse gustosos por la independencia de su patria.

Napoleon hacia desde Paris, como hemos ya indicado, la distribucion de sus ejércitos de la Península, y por medio del mariscal Berthier, nombrado de nuevo su mayor general despues de la guerra de Austria, prescribía á todos los generales los movimientos y evoluciones que cada uno habia de ejecutar, sin obedecer otras órdenes que las suyas; y con esto y con la creacion de los gobiernos militares, con la facultad de levantar contribuciones, administrar é invertir las rentas, y nombrar y destituir empleados sin dar cuenta de ello al rey, disimulaba poco su propósito de tomar para sí la corona de España, no obstante las seguridades y protestas en contrario hechas en tantas ocasiones, y así lo entendió el gobierno inglés haciendo sobre ello las oportunas reclamaciones á los gabinetes de otras potencias. La Regencia de España lo comprendió tambien así, y viendo en estas medidas el principio del cumplimiento de ciertas amenazas de Napoleon, excitó á los españoles á redoblar su energía para sacudir la dominacion extranjera. Los españoles respondieron á este llamamiento, y las guerrillas se multiplicaron en términos de ser necesario un ejército en cada provincia para perseguirlas y para mantener las comunicaciones con Francia.

Las guerrillas de Navarra, uno de los países que mas habian tardado en revolverse, fomentadas por la Regencia, y sosteni-

tradores de las rentas del país, y con declarar que no enviaria á José otros recursos que 2,000,000 de rs. mensuales, encontrábase José reducido, en cuanto á fondos, casi á las contribuciones de la capital, y en cuanto á fuerzas, á las que apenas bastaban para defender la corte, y no era posible restringir mas su autoridad y poder á no retirársele y suprimirle del todo.

Compréndese cuánta amargura causaria á quien habia sido destinado por Napoleon al trono de España verse de tal modo tratado por su hermano, y en tal manera rebajado á los ojos de los españoles y á la consideracion de los mismos generales franceses, que ya disputaban con él, y altercaban sobre sus disposiciones como de igual á igual. Ni José desconocia lo falso de su posicion ni disimulaba su profundo disgusto. Desde Córdoba escribia á su esposa la reina Julia (á quien antes habia invitado á venir á España con sus dos hijas Zenaida y Carlota) en los términos siguientes: «Interesa conocer cuáles son las verdaderas disposiciones del emperador hácia mí: á juzgar por los hechos son bien malas, y no sé ciertamente á qué atribuir las. ¿Qué quiere de mí y de la España? Que me anuncie de una vez su voluntad, y no estaré mas tiempo colocado entre lo que parece que soy y lo que soy en realidad, en un país en que las provincias sometidas están á merced de los generales, que ponen los tributos que se les antoja, y tienen órden de no oírme. Si el emperador quiere disgustarme de España, es menester renunciar á ella en el acto: no quiero en este caso sino retirarme. Basta el ensayo de dos reinos, y no quiero el tercero; porque deseo vivir tranquilo, y adquirir una hacienda en Francia, léjos de Paris, ó ser tratado como rey y como hermano.... Deseo, pues, que prepares los medios para que podamos vivir independientes en un retiro, y ser justos con los que me han servido bien (1).»

Preocupado con estas ideas, y considerándose ya desautorizado en aquella misma Andalucía que acababa de pasear como triunfalmente, determinó regresar á Madrid, sin detenciones y sin aparato, no sin despachar antes á Paris al ministro Azanza para que expusiera al emperador de la manera mas prudente que pudiese la injusticia con que era tratado. Llegó pues á Madrid el 15 de mayo. Mas léjos de desistir Napoleon de su sistema de gobernar á su antojo la España, á poco tiempo le trajo un edecan del mariscal Berthier la copia de otro decreto imperial creando otros dos gobiernos militares en España, uno en Burgos, otro en Valladolid, con una carta del príncipe de Neufchatel, desaprobando altamente, á nombre de Napoleon, todo lo que en materia de administracion habia hecho José en Sevilla. A punto estuvo ya este de abdicar la corona de España, que solo nominalmente ceñía, sin aspirar á compensacion de ninguna especie; y solo instado por los ministros españoles accedió á enviar todavía á Paris al marqués de Almenara, para que suplicase al emperador que revocara sus decretos, haciéndole presente la odiosidad que le atraía la providencia relativa á las provincias del Ebro, el menosprecio en que caía su autoridad, junto con otras consideraciones no menos justas, añadiendo que preferia retirarse de la Península á mantenerse en ella degradado y sometido á tales condiciones.

Pero veamos ya lo que habia acontecido en otros puntos de España relativamente á los sucesos de la guerra, en tanto que se agitaban tales y tan profundas disidencias entre los dos hermanos que ahora se disputaban el derecho que ninguno tenia á la dominacion de la Península española.

(1) Memorias del rey José.—Correspondencia; tom. VII.

das principalmente por Mina el Mozo, obligaron al mariscal Suchet, que mandaba en Aragon, á pasar á aquel reino para ver de tranquilizarle, porque ni los correos franceses podian transitar por allí sin riesgo, ni la autoridad del gobernador era obedecida fuera de los muros de Pamplona, y se habia visto ya forzado á tratar con Mina para el canje de prisioneros. Con ser Suchet uno de los generales de mas reputacion del imperio, celebrado por su inteligencia, destreza y actividad, y con estar el general Harispe especialmente encargado de la persecucion de Mina, todavia este guerrillero, condecorado de la comarca, y nunca vendido ni descubierto por nadie, burló por algun tiempo la diligencia y los esfuerzos de los jefes y de las tropas francesas, hasta que acosado tambien por otras que acudieron de Logroño, dispersó su gente, ocultó las armas, y se quedó de paisano observando los movimientos de los enemigos, y paseando el pais con la confianza de quien contaba con un protector en cada habitante.

Grandemente auxiliaba las pocas tropas que habian quedado en Asturias el partidario D. Juan Diaz Porlier (el Marquésito), con la columna volante de 1,000 hombres que acudió. Habiendo el general francés Bonnet, encargado por Napoleon de apoderarse de Asturias, ahuyentado de Oviedo al general Arce y hecho replegar á D. Nicolás de Llano-Ponte, Porlier descolgándose de las montañas y metiéndose en lo interior del principado, atacó por la espalda al enemigo, cogiéndole bastantes prisioneros, y se situó descansadamente en Pravia. Igual oficio hacian en los confines de Leon y Asturias D. Federico Castañón, que despues llegó á ser general, y otros partidarios. No hicieron poco en verdad los jefes que operaban en Asturias, Bárceña, Llano-Ponte, Cienfuegos y Porlier (porque Arce dimitió luego el mando, despues de haber restablecido la antigua junta constitucional que disolvió el marqués de la Romana), en haber disputado á Bonnet por tres veces en el espacio de tres meses (febrero, marzo y abril) la posesion de Oviedo, de donde unos y otros eran alternativamente ahuyentados, siendo los franceses superiores en número, y mucho mas en disciplina. Y aun habria lucido mas y prolongábase la resistencia, si por su parte la junta de Galicia, libre como estaba aquel reino, hubiera pensado mas en los asuntos de la guerra, y socorrido con mas eficacia á sus vecinos los asturianos, y no que solo los auxilió con una corta division de 2,000 hombres. Verdad es que, amenazada la entrada de aquel reino por la parte de Astorga, el general Mahy que parecia interesarse por la suerte de Asturias, no se atrevia á desamparar á Lugo y Villafranca, teniendo que cubrir el Vierzo. Ocupadas en efecto las Asturias por la division Bonnet, Castilla la Vieja por los cuerpos de Kellermann y Ney, y los confines de Galicia por el de Junot, y decretada por el emperador la gran expedicion á Portugal, conveniales mucho tomar á Astorga, como llave que es de la entrada de Galicia, y no tardó en presentarse ante sus viejos muros el general Loison con 9,000 hombres y seis piezas de campaña (11 de febrero). Defendíala como en el octubre anterior D. José María de Santocildes con menos de 3,000 hombres de tropa y cuadrillas de vecinos armados. Algo se habian mejorado las fortificaciones, especialmente en el arrabal de Reitivia, por donde es mas flaca su defensa. La primera intimacion del francés fué rechazada con firmeza por Santocildes (16 de febrero), no obstante que no abundaban en la plaza las municiones, y que contaba con poca artillería y de poco calibre. Vió sin embargo Loison que no le era fácil la entrada, y alejóse de la ciudad dejando en observacion algunas fuerzas. Comprendió el duque de Abrantes (Junot) que necesitaba sitiaria formalmente y en regla, y así lo hizo llevando artillería de batir (21 de marzo). A los cinco dias dió el primer ataque por el mencionado arrabal, que fué rechazado. Continuó el tiroteo en los siguientes, sin ventaja de los sitiadores, y con esperanza los sitiados de ser socorridos por el general Mahy que se hallaba en el Vierzo, pero al cual por lo mismo vigilaban los franceses. Por último aporillaron estos el muro por la puerta de Hierro (19 de abril); incendióse parte de la hermosa catedral y varias de las casas contiguas con las granadas que arrojaron; la brecha se hizo practicable, y Junot intimó la rendicion, con la amenaza de pasar á cuchillo soldados y habitantes.

Unos y otros mostraron la misma decision y el mismo entusiasmo que en el anterior asedio: la propuesta fué rechazada; en su consecuencia el arrabal y la puerta de Hierro fueron á un tiempo embestidos por los franceses; todo el dia desde la mañana hasta el anochecer duraron los combates; casi del todo agotadas tenian ya los sitiados las municiones de fusil, y solos 24 tiros contaban para sus pequeños y ya desfogonados cañones; y sin embargo soldados y paisanos se mantenian igualmente decididos y vigorosos, y en la misma junta de autoridades en aquel apuro reunidas hubo quien se levantó diciendo: «Muramos todos como numantinos.» Pero inútil era ya toda resistencia, y la entrega de la ciudad quedó acordada, capitulando con muy honrosas condiciones. En su virtud tomaron los franceses posesion de Astorga (22 de abril) asegurando así el flanco derecho para la proyectada invasion de Portugal (1).

Reforzadas habian sido por Napoleon las divisiones que ocupaban las provincias de Burgos, Vizcaya, Navarra y Aragon. Al mariscal Suchet que mandaba en esta última, y cuyo tercer cuerpo habia aumentado hasta 30,000 combatientes, le habia preceptuado Napoleon por dos veces que emprendiera con energía los sitios de Lérida y Mequinenza (2). Pero el rey José desde Córdoba le habia ordenado que marchara sobre Valencia; una de las muchas pruebas del desacuerdo en que andaban los dos hermanos. Suchet, acaso porque tardase en recibir la orden del emperador, preparóse á ejecutar la del rey: y sosegada, como dijimos, aunque momentáneamente, la Navarra, dejando en Aragon las fuerzas suficientes para contener las tres cortas divisiones españolas de Villacampa, García Navarro y Perena, que andaban por aquel reino y que juntas componian 13,000 hombres, emprendió él con un número casi igual su expedicion á Valencia (25 de febrero). Mandaba en esta ciudad un año hacia don José Caro, cuya conducta militar y política mas era para tener agriados que satisfechos á los habitantes, como quien habia pensado mas en satisfacer venganzas personales cometiendo tropelías, que en captarse los ánimos de los buenos y en estudiar y preparar los medios de defensa: razon sin duda por la cual contaba el rey José con algunas inteligencias que dentro de la ciudad mantenian los suyos, y fiado en ellas habia pintado á Suchet la empresa como de fácil y seguro éxito. Mas luego veremos cómo los odios particulares se acallaron ante el peligro comun.

Las tropas francesas marchaban en dos columnas; la una por Morella, de cuya poblacion y castillo se apoderó, abandonado este último por el coronel que le guardaba; la otra por Teruel, á cuya cabeza iba el general en jefe; esta, despues de ahuyentar en Alventosa la vanguardia del ejército valenciano, cogiéndole cuatro cañones de campaña, entró en Segorbe, desamparada por sus habitantes. Sin dificultad penetró tambien en Murviedro (3 de marzo), la antigua y famosa Sagunto, á la sazón ni siquiera fortificada. Uniósele allí la otra columna que guiaba el general Habert, y juntas se presentaron delante de Valencia el 5. A su aproximacion, y so pretexto de haber en la ciudad desleales, redobló Caro sus atropellos, confundiendo en sus odios inocentes con culpables, buenos con malos. Sostúvose no obstante firme contra el enemigo, y respondió con entereza á la intimacion que el 7 le hizo Suchet: tropa y vecindario se condujeron con igual resolucion. Cinco dias estuvo el general francés esperando que estallara en la ciudad una conmocion en favor suyo: pero viendo que no se realiza-

(1) Las córtes decretaron mas adelante un premio (sesion del 1.º de diciembre) á la familia huérfana de un cabo que, cuando ya habia capitulado la guarnicion dijo: *Yo no capitulo*; y metiéndose sable en mano por entre los enemigos, despues de haber muerto muchos de ellos, lo fué él en el mismo acto, dejando este heroico ejemplo de valor y amor á la patria.

(2) «Primo mio (decia Napoleon al mariscal Berthier en la segunda), haced conocer al general Suchet que le reitero la orden de sitiar á Lérida y Mequinenza... porque tengo especial interés en acabar pronto con lo de Cataluña. Prevenidle que el duque de Castiglione (Augereau) ha ido hasta Barcelona, y que trate de ponerse en comunicacion con él. Decid á Suchet, que si recibiese órdenes contrarias á las mias, las tenga por no recibidas, y sobre todo en punto á administracion.»

ba, y temiendo las guerrillas que iban inundando el país, levantó su campo la noche del 10 al 11, con gran regocijo de los valencianos, y tornóse la vía de Aragon, no sin ser molestado por las partidas, y encontrándose en Aragon con que Villacampa habia en su ausencia recobrado á Teruel, y cogido á una columna francesa procedente de Daroca cuatro piezas de campaña y bastantes prisioneros. Obligado Villacampa á alejarse, pasó Suchet, y entró el 17 de marzo en Zaragoza (1).

Mucho disgustó á Napoleon esta expedicion á Valencia, así por el éxito desgraciado que tuvo, como por haberse hecho contra sus reiteradas órdenes y manifiesta voluntad. Por lo mismo Suchet, que alegaba no haber llegado á su conocimiento sino cuando ya habia emprendido aquella, tan pronto como regresó á Aragon se dispuso á cumplir las órdenes imperiales de poner sitio á Lérida. Pero antes quiso desembarazarse de Mina el Mozo, ó el Estudiante, que en aquel tiempo habia vuelto á empuñar las armas y corridose á las Cinco Villas de Aragon. Y en efecto, perseguido aquel astuto y valeroso guerrillero simultáneamente por el gobernador de Jaca y por los generales Dufour y Harispe, cayó al fin prisionero (1.º de abril), y despues de tratarle con dureza se le internó en Francia y se le encerró en el castillo de Vincennes (2). Sucedióle en aquel ejercicio su tio don Francisco Espoz y Mina, que comenzando del mismo modo su carrera militar estaba destinado á ser con el tiempo uno de los mas ilustres generales españoles. Desembarazado Suchet de aquel estorbo, y arregladas las cosas de Aragon, trató de poner sitio á Lérida, plaza de Cataluña no comprendida ya en su gobierno, pero fronteriza á él, y cuya conquista le encomendó Napoleon como conveniente á su plan de sujetar el Principado. Por lo mismo es fuerza decir lo que en él habia acontecido, y el estado en que á la sazón se hallaba.

Desde que don Joaquín Blake dejó espontáneamente el mando superior de Cataluña, ya por motivos de salud, ya por no dar su aprobacion á medidas militares acordadas por el congreso catalan, habia pasado sucesivamente el mando interino de aquel ejército á don Jaime García Conde, á don Juan de Henestrosa, y por último á don Enrique O'Donnell, á quien la Central primero, y despues la Regencia le confirió en propiedad, atendiendo á su reputacion como guerrero, y accediendo á los deseos y á las reclamaciones del país. La situacion del Principado en aquel tiempo la dibuja bastante fielmente un escritor francés. «A pesar, dice, de la posesion de la importante plaza de Gerona, los asuntos de Cataluña se hallaban en un estado bien triste. Numerosas partidas de miqueletes y somatenes recorrían la provincia, interceptaban las comunicaciones, y tenian los franceses como bloqueados en las plazas y en los puestos que ocupaban. El duque de Castiglione (el mariscal Augereau), considerando como insurgentes los españoles que defendian su patria y su independencia, mandó colgar de horcas plantadas en los caminos públicos á todo el que se cogiera con armas y no perteneciera á la tropa de línea. Tal severidad, lejos de calmar los ánimos, fué causa de mayor irritacion y de crueles represalias. Los generales Souham, Verdier y otros dieron caza á las partidas, sin otro resultado que la destruccion de algunos centenares de hombres; porque tan pronto como ellos se alejaban de un canton, reaparecian en él las guerrillas. El enemigo tomaba tambien su revancha, y dos ó tres batallones que salieron de Barcelona fueron sorprendidos y acuchillados. La guarnicion de aquella capital, entregada á sus propias fuerzas, apenas bastaba á contener una numerosa poblacion dispuesta siempre á suble-

vase, no podia hacer excursiones lejanas para procurarse subsistencias.... por mar no las dejaban pasar los cruceros ingleses; era menester surtirse de Francia, reunir los artículos en Gerona, y de allí cada tres ó cuatro meses enviar un convoy á Barcelona, haciéndole escoltar por un grueso cuerpo de tropas.... (3).»

Yendo en una ocasion el mariscal Augereau escoltando uno de estos convoyes con 9,000 hombres, y saliendo Duhesme de Barcelona á su encuentro con otros 2,000 (20 de enero), fueron acometidos por los jefes españoles, Campoverde, Orozco y Porta: Campoverde hizo á Duhesme en Santa Perpetua 400 prisioneros; casi entero fué cogido por él y Porta el segundo escuadron de coraceros franceses; y un batallon que se defendia en Granollers habria corrido la misma suerte, á no haber acudido tan pronto Augereau. Este general entró con el convoy en Barcelona, se hizo proclamar gobernador general de Cataluña, quitó á Duhesme el mando de Barcelona, diósele al general Mathieu, y él se replegó á Hostalrich, cuyo castillo bloqueaba una division italiana.

O'Donnell, que se habia reconcentrado en Manresa con casi toda la fuerza disponible, atacó con buen éxito á los enemigos cerca de Moyá (14 de febrero). Pero fiado demasiado en su intrepidez, quiso á los pocos dias y se atrevió á intentar desalojarlos de Vich. Esperábase allí formada en batalla la division Souham. O'Donnell embistió con admirable arrojo la infantería francesa, pero reforzado Souham con 2,500 hombres, y lanzando su caballería sobre nuestra ala izquierda que guiaba Porta, la arrolló y desbarató (20 de febrero), obligando á los nuestros á retirarse, y causándonos sobre 2,000 hombres de baja entre muertos, heridos y prisioneros. Sin embargo, el general francés Souham fué gravemente herido, como que tuvo que retirarse á Francia, transmitiendo el mando de la division al general Augereau, hermano del mariscal. Dedicóse O'Donnell á rehacer sus tropas, y como en aquellos dias entraran de Francia grandes refuerzos al duque de Castiglione, en términos de reunir á sus órdenes 30,000 combatientes, sin contar la guarnicion de Barcelona, tuvo por conveniente replegarse al campo atrincherado de Tarragona, donde despues se le reunió una division aragonesa de 7,000 hombres.

Desde antes de mediado enero tenian los franceses bloqueado el castillo de Hostalrich, situado en una elevada cima, enseñoreando el camino de Barcelona. Iban ya pasados los meses de febrero y marzo sin dar trazas de rendirse ni escuchar ningun género de proposiciones el gobernador don Julian de Estrada que le defendia: «Hijo Hostalrich de Gerona, decia aquel denodado jefe, debe imitar el ejemplo de su madre.» El general Swartz tenia el encargo de ahuyentar los somatenes que con importuna insistencia molestaban á los bloqueadores. O'Donnell, que á últimos de marzo envió á don Juan Caro con 6,000 hombres contra Villafranca del Panadés, donde este intrépido jefe logró hacer prisionera una columna de 700 franceses, quedando él herido y teniendo que reemplazarle el marqués de Campoverde, hizo luego marchar á este último sobre Manresa para ver de distraer al enemigo y auxiliar si podia á los de Hostalrich. Pero alarmado á su vez el mariscal Augereau, partió él mismo de Barcelona (11 de abril), con objeto de impedir la llegada de todo socorro al castillo. Excusado era este esfuerzo del general en jefe. Habian ya los sitiados apurado toda clase de mantenimientos; la penuria, aunque con resignacion sufrida, era casi igual á la que habian experimentado los del memorable sitio de Gerona. En tal conflicto, así el gobernador Estrada como la guarnicion, pre-

(3) Du Case, Mémoires: liv. IX.

Un decreto semejante al de Augereau, y aun mas solemne, dió poco despues Sout en Andalucía (9 de mayo). En él declaraba, que no reconociendo mas ejército en España que el del rey José, consideraba todas las partidas que existian en las provincias, cualquiera que fuese su número, como reuniones de bandidos, y por tanto todos los que fuesen aprehendidos serian fusilados, y expuestos sus cadáveres en los caminos públicos.—La Regencia algun tiempo despues decretó por su parte (15 de agosto), «que por cada español que así pereciese se ahorcarian tres franceses, y que el mismo duque de Dalmacia, si caía en poder de nuestras tropas, seria tratado como bandido.»—Algo contuvo á Sout en sus demasías y crueldades este contra-decreto, aunque algo tardío.

(1) Aun despues de pasado el peligro para Valencia prosiguió el general Caro sacrificando víctimas á sus odios ó resentimientos personales; y cuando parecia entregado todo el mundo al regocijo y no hablarse ya de traidores, todavia llevó al patíbulo al coronel baron de Pozo blanco, natural de la isla de Trinidad, que se dice haber sido íntimo amigo suyo, y con quien despues habia roto por causas de que los historiadores no nos informan.—Toreno, Revolucion, libro XI.

(2) Allí permaneció hasta 1814, en que, concluida la guerra, volvió á su patria como los demás prisioneros; pero disgustado del giro que el rey Fernando habia dado á la política tan contrario á sus ideas, emigró á América, donde murió lamentando la suerte de una nacion que tantos sacrificios habia hecho por su independencia, por su libertad y por su rey.